

SECCION AMENA.**OCHOCO.****(TRADICION NABARRA)**

Así se llamaba un célebre lobo, cuyas aventuras conserva la tradición de las montañas de Nabarra.

Campeó durante muchos años por las escabrosas sierras Aralar y Urbasa, siendo el terror de la mansa oveja y el potro retozon.

Pero como sus picardías, ó mejor dicho sus crímenes, habian de tener un término, como todo en este mundo, tambien á él le llegó su San Martin.

Viejo, achacoso y hambriento, merodeaba una mañana de Mayo por los alrededores de la venta de Zumbeltz, cuando tropezó con dos magníficos carneros que pacian tranquilamente.

Los lanudos al pronto se asustaron; pero viendo que aquel vejstorio á duras penas podia con su osamenta, perdiéronle el respeto, y encarándose con él el más arrogante, le dijo con tono altanero:

—¿Qué buscas tú por aquí, viejo Ochoco?

El anciano recuerda sus pasados tiempos, y bien pronto la cólera se apodera de él; pierde la calma, y lánzase furibundo sobre el que tan osadamente le insultaba; pero los carneros, fuertes y ágiles, cambian mutuamente una seña, y cual si fueran á toparse, le acometen por ambos lados con la rapidez de un rayo. Ambos testuces chocan contra el escuálido vientre de Ochoco, que quedó materialmente prensado.

Ochoco ve llegado su último momento; y á falta de valor para de-

fenderse, echa mano de la súplica. Arrodiase humilde, pide perdon, ruega, gime; y sus generosos enemigos, no solo le perdonan, sino que, sabiendo que el pastor no se halla en la cabaña, lo llevan á ella y le obsequian con leche y queso.

Ochoco da las gracias con fingido agradecimiento y mal disimulado rencor, y á pasos contados toma camino de Leiza.

Llega cerca del pequeño pueblo de Torrano, y junto á la ermita de San Pedro divisa hasta siete cabras juntas.

—Esta es la mia, se dice. Mataré un par de ellas, y guardándolas en la gruta de Usaide, aseguro el alimento para un mes lo menos. Acércase á ellas, y, algun tanto extrañado del poco miedo que parecian tenerle, les dice:

—Buenas ganas tenia de encontraros. Tengo hambre y os voy á comer.

—¡No te salga la criada respondona! le contesta una barbuda. ¿No ves lo que llevan mis compañeras entre los cuernos?

—¿Qué es ello?

—Las cabezas de seis lobos que hemos matado este mes. Y como yo no tengo semejante adorno, me viene muy bien la tuya.

Oir esto el desdichado Ochoco y huir con toda la velocidad que sus perezosas piernas lo permitian, fué todo uno.

Faldea el alto de San Donato, atraviesa cautelosamente los campos de Arbizu, y llega á los alrededores de la ferrería de Elcorri. Ve á lo lejos una hermosa yegua, y sin vacilar se dirige á ella, resuelto á hincar el diente en sus redondas nalgas. La sorprende entre unas matas; y ya se disponia á saborear las ricas chuletas, pero la yegua le dijo:

—Ya se, ¡oh! valiente Ochoco, ya sé que no escapo de tus formidables garras; pero como quiero morir con la conciencia tranquila, te advierto que tengo una espina clavada en la pata derecha. Sácamela antes de que se te atraviere en la garganta y te ahogue.

El incauto Ochoco se dispone á examinar la parte señalada; mas no bien se aproxima, sacúdele la yegua una terrible caricia que le hace volar á más de tres varas de altura.

¡Infeliz Ochoco! El porrazo más tremendo, la más formidable costalada que ha sufrido jamás lobo alguno, se llevó el pobrete. Baldado, sin poderse mover, contemplaba iracundo y más muerto que vivo á la atrevida *Biorra* comiendo tan tranquila y sosegada como si nada hubiera pasado.

Llegó en esto la noche; y aunque nuestro Ochoco procuró dormir con el fin de reponerse de tanto descalabro, el dolor por un lado y la desesperacion por otro no le permitieron cerrar ojo.

Al amanecer se puso en marcha con direccion á los montes de Alzania, próximos á Alsasua; llegó á la peña de Eguino, bajó al rio Arbara en el límite de las provincias de Nabarra y Alaba, y despues de apagar la sed con sus cristalinas aguas, se dirigió hácia Becatularre.

Entre los corpulentos robles pacía una robusta vaca, y á pocos pasos retozaba su querido ternerrillo de cuatro meses.

A la vista de tan sabroso plato, á Ochoco se le llenaba la boca de agua. Acecha escondido algunos momentos, y cuando ve que el tier-no animalito se ha alejado algun tanto de su madre, se arroja sobre él con intenciones *non sanctas*.

Pero como la madre vigila siempre por la seguridad de su hijo, la vaca observa la acometida, y en defensa del *pedazo querido de sus entrañas*, se lanza furiosa, arma en ristre. Ensarta á Ochoco con su arma izquierda, y en el colmo de su ira le sacude violentamente, abriéndole una tremenda brecha debajo de la pierna izquierda. Ochoco cae al suelo por detrás de la cola de la brava cornúpeta.

De resultas de este accidente estuvo en cama en una cueva próxima más de un mes, en cuyo tiempo meditó detenidamente sobre su pasado, su presente y su porvenir, decidiéndose, por fin, á entregarse á la penitencia; y una vez curado, se resolvió á mendigar una caridad de puerta en puerta.

Salió, pues, zurrón al hombro, por aquellos pueblos.

Llegó á Ciordia, y se encontró con el herrero, que vivía á la entrada del lugar.

—Buenos días, buen hombre. ¿Da V. una caridad por Dios á un anciano que no lo puede ganar?

—¿Quién eres tú, viejo lobo?

—Soy Ochoco, á quien tal vez V. habrá oído nombrar.

—¡Ah! ya lo creo. Como que á un hermano mio le destrozaste el rebaño hace cuatro años. ¿Y cómo ahora tan santo?

—Ya ve V., la edad y los desengaños...

—Bien, bien, vamos á la fragua, te daré de desayunar.

Pronto llegaron al taller. Entran, cierra con llave el herrero, calienta el espetón y se dispone á dar su merecido á Ochoco. Conoce este la intencion y se apresta á la lucha. Acomete con denuedo al he-

rrero, y despues de algunos momentos de combate, Ochoco recibe por la garganta treinta centímetros de hierro candente que concluyó con la vida de aquel feroz bandido, azote un dia de los rebaños de toda la comarca.

CONTULARI.



BI OLLARREN BORROKA.



Ollar bi ziran aserraturik
 Elkarri asi mokoka,
 Non jarri zuten ollo taldean
 Izugarritzko borroka;
 Eta pakeak egin nairikan
 Tartean sartu zan kolka,
 Danak berari eraso eta
 An utzi zuten urgunka.

.

Bada au bera gerta liteke
 Askotan gure artean,
 Kolkaren gisa sartzen bagera
 Ezin liteken gauzean.

JUAN IGNAZIO URANGA.

